

CARRERO SANTAMARÍA, Eduardo (coord.). *Arquitectura y liturgia. El contexto artístico de las consuetas catedralicias en la Corona de Aragón*. Palma de Mallorca: Objeto Perdido, 2014. 482 páginas.

En la voluntad del compilador y autores de la obra –casi todos ellos reconocidos historiadores del arte con muchas leguas en sus piernas y mucho oficio en sus discursos– está el demostrar cómo las rúbricas de una consuetas podían aproximarnos a una realidad material distinta de la apreciable en la crasa topografía tangible de nuestras mutantes catedrales, valorando cómo las diferencias en el rito y la celebración o la unificación del Misal y Breviario romanos entre los siglos XVI y XVI pudieron haber dejado huella en los altares, retablos, coros y otros muebles litúrgicos ya amortiguados. Interesa auscultar las procesiones y liturgias estacionales desarrolladas en el interior de tan egregios edificios, tomando el pulso a la escenografía de solemnidad que permitía aquilatar ricas tramoyas visuales y sensoriales hoy desaparecidas, y ello implica poner sobre el escenario figurantes, poses, palios, vestimentas, imaginerías, tapices, sargas, paños, músicas, ornamentos, incensarios y hasta exclamaciones, murmullos y cabezadas. Texturas, notas, olores, colores y brillos que contribuyeron a trabar los guiones –que a fin de cuentas eran las consuetas– para pautar el sinfín del calendario litúrgico en su suceder de sagrado libreto con ínfulas de eternidad.

También reconocen los redactores que semejante compendio resultaba una tarea tan ingente como inabarcable entre los siglos XII y XVI en el marco de la vieja Corona de Aragón. Podía resultar que cada personalidad o estamento tuviera su propio papel redactado en latín o en lengua vernácula, de resultas que, metodológicamente hablando, era mejor impulsar aproximaciones puntuales a cada uno de los edificios. Por eso cada análisis es dispar, en Vic, Tarragona, Girona, Tortosa o la Seu d'Urgell se conservan dos y hasta tres consuetas, en los casos de Jaca o Segorbe no hemos conservado ninguna y en Zaragoza sólo disponemos de refecciones y fuentes indirectas de difícil interpretación que datan ya del siglo XVI. Accesoriamente se estudia la iconografía de las pinturas murales de la capilla de Sant Pere en la seu de Mallorca y las vestimentas litúrgicas de la de Zaragoza desde el punto de vista litúrgico.

El propio coordinador Eduardo Carrero Santamaría –profesor de historia del arte medieval en la Universitat Autònoma de Barcelona– encabeza las aportaciones estudiando la catedral barcelonesa y sus apoyaturas litúrgicas, aunque para el caso de la ciudad condal sólo conservamos un costumbrero incompleto y misceláneo de gran complejidad (tal vez dos distintas consuetas refundidas). Desde tiempos románicos pudo existir un altar mayor dedicado a la Santa Cruz, amén de otros advocados a Santa María y el sepulcro de Santa Eulalia, con el coro de canónigos rodeando el altar, ampliado hacia el presbiterio en el siglo XIII. Cuando se planteó la nueva catedral gótica, arriba permanecieron el altar mayor y la cátedra pétrea de obispo y abajo la cripta con el altar de Santa María y las reliquias de Eulalia. Frente a ambos espacio unidos por la vía sacra del crucero se extendió el coro hacia los tramos de la nave central, cuyos estalos disponían de escenográfica visión directa sobre todo el presbiterio y la cripta santa, de clara función votiva. La capilla mayor permanecía cerrada con rejas donde se colgaban los distintos palios con los que se vestía el presbiterio durante el año litúrgico, algo similar ocurría con la cripta, dotada de un sistema de soportes para instalar cirios, pero el sistema de rejería –además del retablo y demás mobiliario– fue suprimido durante la reforma contemporánea el conjunto. El texto pasa revista a las reliquias en relación con el oratorio de Martín el Humano, el traslado del retablo mayor durante el siglo XVI, además de las festividades (San Miguel, San Juan, San Pedro, San Martín, San Esteban y San Nicolás o el canto de la sibila interpretado por el niño cantor la noche de Navidad, además del Triduo Sacro en la Semana Santa, con la Veracruz y el oficio de tinieblas) y procesiones –como la del Corpus– con plena venia civil.

Marc Sureda Jubany estudia la *Consuetas Antiquissima* de la seu de Girona (1360), cuando la cabecera poseía un altar mayor advocado a Santa María y una girola de nueve capillas, consagrada

doce años atrás, y cuando se completaban las partes bajas de los dos primeros tramos de la impresionante nave gótica, aún mantenido un macizo occidental alojando galilea, baptisterio, campanario y un piso alto del *Sepulcro* de cronología románica que permaneció en pie hasta el siglo XVIII. La significación litúrgica de la catedral de Girona no se entendería sin su vinculación con la del templo de San Félix, probable heredero del primer emplazamiento episcopal de la ciudad. Los nuevos aires tridentinos se plasmaron en la consuetudine de 1571 y en otros materiales de 1590 revisados en el directorio de 1655, reflejando notables cambios en el coro y claustros. El mismo autor enhebra además el estudio de la catedral de Vic partiendo del *Liber Consuetudinum Vicensis Ecclesiae* (ca. 1215) y la *Consuetudine Vella* (ca. 1447), *Antiqua* (ca. 1447) y otros materiales del Archivo Episcopal de Vic.

El denso volumen resulta de consulta obligada para todos los interesados en caminar con paso cauteloso y seguro hacia el intrincado mundo de la liturgia y la paraliturgia medieval en las catedrales del oriente hispano, una atinada síntesis, exhaustivo estado de la cuestión y ramillete de nuevas propuestas que abren un amplio manojito de posibilidades sobre las grandes desconocidas que suelen resultar nuestras catedrales. Raquel Alonso Álvarez se encarga de analizar la *Consuetudine Sedis Oscense* (1455-57) de la catedral de Huesca, que nos legó una *visitatio sepulchri* materializada en su portada meridional; Gloria Fernández Somoza el meollo litúrgico de la de Jaca, sus preces a Santa Orosia y el esconjuradero del camposanto capitular; Francesc Fité i Llevot la *Pretiosa LC.0027* y la *Consuetudine RC.0031* del Archivo Capitular de Lleida en relación con la liturgia estacional de la Seu Vella de Lleida, Gabriel Seguí i Trobat las consuetudines pretridentinas de la catedral de Palma de Mallorca, Antoni Pons Cortès la *Consuetudine Antiga* de aniversarios de la misma catedral balear. Del estudio de las procesiones urbanas bajomedievales en Mallorca se encarga Maria Barceló Crespí y de las procesiones eucarísticas en la pintura gótica mallorquina Tina Sabater. Manuel A. Castiñeiras González acomete el análisis de los *Ordines* de la de Roda de Isábena partiendo del *Sacramentario, Ritual y Pontifical* (ca. 1000-1018) del Archivo Capitular de Lleida y la *Collectio Tarraconensis* (ca. 1104-1126) de la Biblioteca Pública de Tarragona y su proyección en algunas cruces y consagración de altares románicos. Eduardo Carrero volverá a la carga con otros meticulosos trabajos sobre las huellas de la liturgia medieval en Segorbe, Albarracín, Zaragoza, Valencia y la Seu d'Urgell. Carmen Gómez Urdáñez se ocupa de la desconocida catedral de Santa María de la Huerta de Tarazona y Francesc Massip i Bonet y Daniel Rico Camps –al alimón y en jugosa prosa– las de Tarragona y Tortosa. De las procesiones a fines del siglo XV según el *Libro del subpriorado* del canónigo Antonio Barberán en la catedral de Zaragoza se ocupa Jorge Andrés Casabón y de las artes textiles y liturgia en la Seo del Salvador y Nuestra Señora del Pilar de la capital aragonesa Ana María Ágreda Pino.

Es fascinante imaginar el aspecto que ostentaron aquellos edificios en fechas principales, a pesar que Victor Hugo sentenciara su fatídico *tempus edax, homo edacior*, los materiales supervivientes, en boca de excelentes apuntadores, dan para mucho. Nos place intuir un agitado y agigantado tropel de pasos taconeando los fríos enlosados y arremangando sus bajos para asistir a maitines y laudes. Mientras, el pabulo devoraba lenguas de cera prendidas entre cánticos y daba el tono al *ordo prophetarum* desplegado en la fachada, quedándose de piedra si la cuadrilla de obispillos de Inocentes nombraba *bisbetó* al más sinvergüenza pues le iba a tocar pontificar de lo lindo. Al monaguillo que hizo de sibila en la catedral de Tarragona en 1476 se le gratificó con cuatro dineros de dulcísimo azúcar cande y cuando se cantaba el *Te Deum* –antes de la Misa del Gallo– se alzaba en el coro el *salomonet de les matines* o *botifarrer*, un legendario candelabro de doce brazos que dio título a una rondalla de *mossèn* Cinto Verdaguer. En la misma sede tarraconense el Jueves Santo por la mañana se lavaban los pies de los pobres en el claustro y se les ofrecía pescado y naranjas en el refectorio canonical; a los canónigos se les practicaba el lavatorio por la tarde en el coro. Con el canto de la Pasión se recordaba el episodio de los soldados despojando a Cristo de sus vestiduras, retirando como vulgares ladrones la rica muselina del altar y durante el Pentecostés los monaguillos, instalados como ufanos ángeles en los lugares más elevados (bóvedas, galerías y cimborrio), arrojaban hojas de encina, rosas, obleas y estopas encendidas mientras los clérigos emitían palabras

en latín, griego y hebreo –entre trompetería y juegos artificiales– demostrativas de la poliglotía que Cristo regaló a sus Apóstoles. Tampoco debía ser nada frívolo experimentar los escalofríos del oficio de tinieblas en aquella *ecclesia mater* donde sentaba cátedra el obispo «cuando todas las velas se iban apagando sucesivamente al final de cada salmo con la excepción de una, que simbolizaba a Cristo y se escondía «in sacristía vel in alio loco»; tras cantarse el *Miserere* y la oración *Respice domine*».

José Luis Hernando Garrido
UNED-Centro Asociado de Zamora